



Castillo de Chillón

de esa inquietante imaginación excepcional es el «Prisoner of Chillón», asombrosa intuición de lo que siglos atrás había sido una tragedia real. Es la historia misma de Bonnivard, prior de San Víctor en Ginebra, que por orden del duque reinante de Saboya, en pleno siglo XVI, permaneció seis años prisionero en la fortaleza. Ora en las «oubliettes», impresionantemente oscuras y apartadas donde el aislamiento más absoluto sobre el suelo erizado de púas se hace infinito e insufrible. Por veces, en el sótano amplio donde está el agujero estrecho por el que, rígidos, se deslizan los cadáveres hasta las aguas profundas del lago.

Byrón había reflejado hasta la toma del castillo por tierra y por agua y aun la liberación del prior protestante, que a pesar del largo tormento vivió todavía cinco lustros y casó dos veces. Pero Byrón prefirió atormentarse tan sólo con la amargura de una vida de preso que a fin de cuentas era la que él vivía entonces. Preso de sus propios sentimientos y de una sociedad cruel y de todo punto intransigente con el poeta. El prisionero de Chillón fué, pues, él mismo. Dejó de serlo a poco, cuando impresionado todavía por lo que concibiera—intuición pura de la verídica historia de Bonnivard que él no conocía—, huyó con su melancolía y su nostalgia de todas las brumas inglesas a la meridional Venecia. Sustituyó allí las atenciones prodigadas a sus antiguos amigos por otras más vivas y permanentes fundadas en la radiante belleza de Teresa Guiccioli. Su encuentro definitivo con ella en la campaña riente de Rávena le hizo olvidar de momento su desventura.

Luego fué soldado en Cefalonia por defender una indepen-

dencia que patrióticamente apenas le incumbía. Universalmente considerada en cambio su campaña, fué un gesto incomparable. Pero Missolonghi, con sus pantanos y sus hirientes disensiones poco adecuadas a una hipersensibilidad casi enfermiza, se hace realmente insoportable. Tomar a los turcos la fortaleza de Lepanto es quizá más duro que sufrir suavemente la evocación histórica—por trágica que ésta sea—en el «dolce far niente» de Chillón. Desiste y muere. Grecia, agradecida, guardó su corazón en una cajita de plata labrada con intención permanente, sobre el mausoleo que Missolonghi erigió a «su libertador». Tan sólo horas. El póstumo homenaje pleno de delicadeza duró el tiempo que la preciosa viscera tardó en ser robada del fúnebre lugar. Un acto de sensibilidad exquisita o quizá tan sólo un vulgar latrocinio. Después, Inglaterra le negó en principio un rincón en el rincón de Westminster. Byrón, prisionero eterno de Chillón—la impresión mayor allegada a su enorme capacidad sensitiva—, reposó por último en Hucknall, la iglesia enyedrada de Newstead Abbey.

Al fin, la tumba era de dimensiones considerables y digna de tan alta personalidad de las letras y del mundo como encerraba. Y en todo caso no obligaba al poeta desaparecido, en la eterna siesta del misterio mortal, a un enfrentamiento enojoso con aquella sociedad intransigente—la misma de cualquier tiempo inglés—que, como al descuido, pero al fin tácitamente, había precipitado su último aliento con un refinamiento nada vulgar.

Esta vez, Byrón, *se había retirado* de verdad.